

CAPÍTULO XXXIV

LA BARONESA

Conviene que cojamos al paso la parte de paciencia de que cada uno pueda disponer, según la mansedumbre ó la intolerancia de su carácter, porque vamos á encontrar á la baronesa de un humor insufrible. Habla en francés desesperadamente, y la pronunciación gutural de la *r* sale de su garganta con una aspereza nunca oída. El barón, que la conoce perfectamente, está seguro de no haberla visto nunca tan insoportable. Él, que no tiene la cruel costumbre de pensar en las cosas que pueden mortificarlo, jamás ha prestado gran crédito á la posibilidad de que allá en la otra vida, y para descanso de huesos, nos espere, si no á todos, á muchos por lo menos, la divertida eternidad del infierno. Más bien, á pesar suyo, empieza á sospechar que algo debe haber acerca del asunto, porque indudablemente su mujer tiene el demonio en el cuerpo.

No es un hombre excesivamente indagador, y dando por posible lo del infierno, no se toma cuidado ninguno por averiguar la causa que ha puesto á la baronesa en disposición de tirar los trastos por la ventana, aunque presume que alguna parte ha de tener en ello la repentina desaparición del hermoso brigadier, pues, según se dice, hace ya ocho días que César, sin despedirse de nadie ni por puro cumplimiento, tomó el portante para el extranjero, y sin duda se propone vivir eternamente en París, porque ha deshecho la casa y despedido á los criados.

El barón no encuentra en este acontecimiento motivo suficiente para tocar el cielo con las manos, y porque todo no sea en la casa desolación y tumulto, ha adoptado el partido de alegrarse, dejando que la risa le retoce por todo el cuerpo, por supuesto, sin que lo sepa la baronesa.

Y he aquí un marido que no se engañaba, ciertamente, acerca de la verdadera causa que había puesto en ebullición todas las impertinencias propias del carácter de su mujer. Realmente la intempestiva ausencia de César era el motivo de su enojo. Y no era sólo la ausencia, porque, después de todo, un viaje á París puede hacerlo cualquiera. Lo grave del caso consistía en que se había ido sin verla, sin despedirse de ella, sin decirle una palabra. Lo mismo exactamente había hecho con todos; pero ¿qué tenía ella que ver con los demás?.. ¿No era esto un cruel desengaño?.. Ahí, ahí precisamente era donde le dolía.

En honor de la verdad, no se dejó llevar desde el primer momento de los impulsos de su cólera, porque tuvo la precaución de no creer que César hubiera salido de Madrid sin que ella lo supiese. Cuando ya no tuvo más remedio que creerlo, apretó los dientes y lo creyó. Después de calmar la exaltación de sus nervios con una taza de agua de tila, concibió la esperanza de una carta... He aquí lo que pensaba: César tomó parte en la revolución de Septiembre, mas las cosas vinieron de modo que no le salió la cuenta. Se ve de cuartel, arrinconado, obscurecido, sin que el poder triunfante haga gran caso de sus méritos militares, y el brigadier sabe muy bien dónde le aprieta el zapato... La caída del trono le ha salido mal, y no ve más medio de que continúe el juego que empezar de nuevo la partida, restaurando la monarquía en el augusto hijo de la reina tan brutalmente infamada. ¿Cómo?.. De cualquier modo.

La baronesa ignoraba que César andaba metido en el

negocio de la restauración, y, por lo tanto, calculó que tan súbito y reservado viaje podía ser muy bien un viaje político. Llevaba á París una misión secreta, misión importante, que ni á ella misma le había sido posible confiar. Esperaba, pues, una carta ternísima, llena de disculpas, en la que confesara con sublime sencillez que había tenido que sacrificar el amor de su vida al amor de la patria.

Valiéndose del doble mecanismo de su imaginación y de su deseo, leía á sus solas esta carta antes de recibirla, y para mayor encanto la leía en francés, lengua de la diplomacia del *calambur* y de las frases hechas.

Y puesta en la pendiente de estas imaginaciones, sentía el impulso de las grandes empresas, y soñaba con un viaje á París, adonde iría á echar el óvolo de su talento, ya que no de sus virtudes, en el platillo de la restauración. Allí sería ella el centro de la intriga, prestaría grandes servicios, acabando por conquistar un nombre y una posición más desahogada. Y ¡quién sabe adónde llegaría una vez roto el dique que sujetaba sus ambiciones!

Por de pronto no encontraba en la historia una mujer ilustre con quien compararse; y aunque hubiera elegido á madame Rolland, la desechaba recordando que aquella infeliz mujer fué guillotizada; por lo demás, convenía en ciertas semejanzas entre Barbaroux y César, entre el barón y Rolland.

Soñando de este modo pasó ocho días, sin que el correo de Francia le trajera ni una sola carta de París, y llegó, en fin, á cumplirse el último plazo puesto á su esperanza.

La ingratitud de César hirió doblemente su corazón, pues la hacía caer al mismo tiempo de la cumbre del amor y de la cima de la gloria.

Convengamos en que no le faltaba motivo para estar furiosa.

Se hizo peinar diez veces, rompió un abanico, rasgó un

pañuelo, la luna del espejo le pareció insoportablemente estúpida.

En el almuerzo de aquella mañana no encontró plato de su gusto; la manteca estaba rancia, los postres pasados, el café detestable..., la vajilla sucia, el pan mal cocido... Su lengua no encontró virtud posible, ni belleza verdadera, ni fausto legítimo..., las celebridades de la ópera cantaban desesperadamente... Todo en el mundo era para ella mentira.

Por huir de sí misma cogió un sombrero y fué á refugiarse á casa de Margarita, murmurando entre dientes: *Tonnerres, foudres... feu.*

El aire de la calle fué poco á poco templando el incendio de su enojo, y cuando llegó á la casa de su amiga, los labios, duramente contraídos, se habían puesto en razón y ya podían sonreirse.

No obstante, la situación de su ánimo, debería ser la misma, porque al penetrar en las habitaciones le parecieron oscurecidas por una sombra triste.

Los ojos suelen dar á los objetos que nos rodean el color de los sentimientos de que nos hallamos poseídos, y bien pudiera ser que la baronesa lo viera todo al través del turbio cristal de su amargo desengaño. Pudiera ser también que en la casa de Góngora no se respirara ya la atmósfera de la alegría, y en verdad podemos presumir que no tenían en ella grandes motivos de regocijo.

Luis huía de Margarita, y Margarita no se atrevía á acercarse á su marido. Cada uno de ellos guardaba en el fondo de su corazón un secreto que quería hacer impenetrable.

Él veía aproximarse el momento de un proceso que llenaría de angustia el corazón de Margarita, y quería ahorrarle el dolor de esperarlo; ella le ocultaba la infamia de César, por evitarle la pena de saberla... Se alejaban uno de

otro, porque ambos temían verse mutuamente descubiertos. La comunicación es el calor de la casa, la vida de la familia. En la comunicación íntima del hogar doméstico es donde, si puedo decirlo así, circulan más tranquilamente los sentimientos, que son la sangre del alma.

Pues bien; ese calor apacible que nos reserva del frío del mundo, esa intimidad confiada é indulgente que nos compensa de las inquietudes y de los recelos que el trato de los hombres nos ocasiona, eran un calor que empezaba á enfriarse y una intimidad que estaba á punto de desvanecerse.

Las comidas eran silenciosas, y si se hablaba de algo, la conversación languidecía pronto. Luis se esforzaba por sonreírse, y Margarita, por hacer algo, hacía algunas preguntas indiferentes, que Montero se apresuraba á contestar. Serafín miraba alternativamente á su padre y á su madre con la inocente curiosidad de los niños. *Mari* observaba todo esto sin comprenderlo, y los criados hablaban en voz baja, porque sus voces no disonaran en medio del grave silencio de la casa.

Pudo muy bien la baronesa percibir esta sombra de tristeza, que, en efecto, se reflejaba en las habitaciones, porque la alegría, digan lo que quieran los físicos, es una luz que ilumina los semblantes y los objetos, y cuando esta luz se disipa todo se obscurece.

Margarita salió al encuentro de su amiga.

— Niña mía — dijo la baronesa. — *Mon Dieu!* No te he visto hace un siglo..., y hoy, en desquite, vengo á dedicarte *tout'aujourd.* Pero ¿qué tienes?.. En ocho días has enflaquecido lastimosamente.

— Es posible — contestó Margarita. — Somos inconstantes, y Madrid empieza ya á cansarme.

— *Oui.* — A mí también, querida mía... Madrid es un panteón... ¡Ah! ¡París!.. ¡París!.. ¡*Hélas!* Ese es nuestro centro.

— No el mío — replicó Margarita. — En París acabaría por aburrirme más que en Madrid...

— *Fi!*.. *¡Fi donc!* — exclamó la baronesa. — No digas eso, corazón mío. París es el alma del mundo. Víctor Hugo lo ha llamado el cerebro de Europa, y Víctor Hugo no es, precisamente, francés; es un genio, y el genio es cosmopolita.

— Sea enhorabuena, baronesa...; pero ¡qué quieres!, yo no suspiro por París, prefiero mi risueña casita de San Juan de Luz.

— ¡Casita! — repitió la baronesa haciendo un mimo. — *Hôtel*, vida mía, *hôtel*.

— Como tú quieras — dijo Margarita con sencilla bondad. — Mas entre tanto estamos de pie, y si has venido andando estarás cansada; siéntate.

Sentóse, y Margarita llamó á *Mari* para que tomara el sombrero de la baronesa.

De seguro para la señora de Góngora la visita de su amiga era bastante inoportuna, mas sabía sufrir con paciencia las flaquezas del prójimo. Mejor lo pasaría ella sola con sus pensamientos... ¡Y qué había de hacer!

Sentóse delante de la baronesa, y ambas se miraron en silencio, y ésta dijo de pronto:

— *Que dit-on de nouveau?*

— No sé nada de nuevo — contestó Margarita.

— Pues preciso será que hablemos de algo.

— Hablemos.

— ¿Y de qué?... ¡Oh, qué aburrimiento!.. No hay ni siquiera una conversación agradable..., todo está agotado... Aunque ya pertenece á la historia, hablemos de la última *nouveauté*. ¿A qué atribuyes tú el repentino viaje de César á París?

— No tenía noticia de semejante viaje — contestó Margarita con naturalidad.

— *Pardon, madame.* Eres una hermosa criatura, que no vives en este mundo. ¿Conque ignoras que el pícaro brigadier nos ha abandonado de la noche á la mañana sin despedirse de nadie, y, según las señales, con ánimo resuelto de no volver á vernos?..

— Ignoraba todo eso.

— ¡*Ouf!* exclamó la baronesa. Es un dolor que vivas tan atrasada. Esto hace ya un siglo... Imagínate, ¡ochó días!

Margarita prescindió por completo del asombro de la baronesa, y le dijo:

— No veo en ello un suceso extraordinario.

La baronesa se mordió suavemente los labios, mirando á su amiga con ojos compasivos. ¡Qué horror! No ver en la súbita y misteriosa ausencia del brigadier un acontecimiento digno de inagotables comentarios, era el colmo de la ceguedad. Decididamente la señora de Góngora había perdido por completo aquella perspicacia, aquella vivacidad, aquel gran mundo que la baronesa había admirado tanto en la señorita de Miramar. ¡Qué lástima!

— Corazón mío, tú estás preocupada. *Pour quoi?*

— No lo creas, le contestó Margarita con la inquietud de quien teme ser sorprendido.

— Estás preocupada — repitió la baronesa. — *Fort bien...*, no me sorprende. Algo te han de inquietar las cosas de tu marido. Son cosas de hombres; y te aseguro — añadió con enfática vehemencia — que no merece ninguno el cuidado que nos tomamos por ellos.

Estas palabras iban dirigidas á París. Margarita se estremeció al oirlas. ¿Andaba ya en las lenguas de los murmuradores el nombre de Luis? ¿Había penetrado ya la malicia el secreto de su conducta? Semejante idea llenaba el vaso de su angustia. ¿Qué podía hacer ella contra la maledicencia desatada?

Inclinó la cabeza por huir de las miradas de su amiga, y le replicó:

— Luis es para mí el mejor de los hombres.

— *Rien n'est plus magnifique.* Pero eso no quita, niña mía, que pierda el pleito.

— No ha de ganarlos todos — advirtió Margarita, — porque no siempre la razón puede ponerse en claro ante los hombres.

— El pleito es lo de menos — insistió la baronesa. — Si la preciosa hija del Americano no puede llegar á ser millonaria, qué se le ha de hacer. La cuestión está en que por conseguirlo se ha metido Góngora en un mal negocio.

— ¡Mal negocio! — exclamó Margarita.

— *Oui.* Se han descubierto unas cartas falsificadas, la responsabilidad recae sobre tu marido y se halla á punto de ser procesado.

— ¡Qué dices! — gritó Margarita, mirándola con ojos espantados.

— *Pardon, pardon,* niña mía; creí que estabas más enterada de las cosas de tu marido. Y *Mon Dieu,* conviene que lo sepas para que tomes tus precauciones. Un proceso arruina á cualquiera, y donde entra la justicia, todo se hace sal y agua. Tú eres la rica, *doute de grands biens,* y te aconsejo que pongas tu herencia á cubierto de un golpe de mano. ¿Qué tienes tú que ver con ese pleito ni con esas cartas? Lo tuyo es tuyo.

Margarita no entendió nada de estas palabras ó no quiso entenderlas.

— ¡Luis procesado!

Hé ahí lo único que entendía.

— *Pas encore* — dijo la baronesa. — *Allons,* querida mía, no te apures.

La baronesa no tenía mal corazón, tal vez porque no tenía ninguno. Para ella no había en el mundo más penas

ni más alegrías que las suyas; llevaba el egoísmo hasta la fatuidad. Luis procesado era un contratiempo; César ausente, era un desastre. Margarita podía lamentar la torpeza de su marido; pero ella, ¿con qué ojos había de llorar el amargo abandono en que César la dejaba?

En el mundo hay muchas naturalezas como la de la baronesa. Yo conozco algunas.

Margarita juntó las manos, y cruzadas las acercó á sus labios, como si en testimonio de su resignación quisiera besar en ellas la cruz que pesaba sobre su alma.

No he tenido hasta ahora tiempo de advertir que la habitación donde ocurría la escena que voy refiriendo era una pieza contigua al comedor, abierta en la parte posterior de la casa, é iluminada por una gran ventana de arco rebajado, desde la que se dominaba el patio sólidamente embaldosado, en cuyo centro se levantaba un surtidor, inútilmente empeñado en llenar de agua el vaso de mármol que lo circuía, formando un estanque donde nadaban prisioneros algunos peces de colores.

Desde la ventana se veía perfectamente el vestíbulo y la puerta de la calle.

A esta habitación venía á parar la escalera interior que conducía al despacho de Góngora, que, como ya sabemos, se hallaba en el piso bajo de la casa.

Contuvo la baronesa su impertinente locuacidad, considerando que ya había dicho bastante; y volviendo la espalda á Margarita, ni más ni menos que el mundo, que vuelve la espalda á todas las desdichas humanas, fué á apoyarse en el alféizar de la ventana.

No ofrecía el patio gran distracción á los ojos; era una serie de columnas que formaban un cuadro lo mismo que el claustro de un convento; y en cuanto al estanque, aumentaba la austeridad de las columnas y de los arcos con la monotonía invariable del agua que cae sobre el agua que

ya ha caído. Verdaderamente no sabía qué hacer de sus ojos. ¡Ah, si el brigadier hubiera asomado por algún rincón de aquel patio solitario!

Un coche que se detuvo delante de la puerta llamó sus miradas hacia el vestíbulo, y vió al lacayo saltar del pescante y abrir la portezuela del coche.

La librea era lujosa y sumamente aristocrática. Indudablemente la berlina debía llevar el sello nobiliario de una alta alcurnia, y á la baronesa, especie de *Guía de forasteros*, le eran, no solamente conocidos, sino familiares todos los títulos de la nobleza; en este punto poseía una erudición incontrastable. Sin embargo, la librea del lacayo no fué un rayo de luz, pues por ella no pudo sacar en limpio á qué ilustre casa pertenecía el coche, y el escudo de armas no le distinguía.

Apeóse un joven alto, pálido y rubio, y entró en el vestíbulo, dirigiéndose á la puerta del despacho de Góngora.

— ¡Ta, tal! — dijo. — El duquesito, esto es, el hijo del duque, el amante desdeñado por la huérfana. ¡Oh!, ¡oh! ¿Si intentará poner pleito á su ingratitude? Estaría bueno. Ahí tienes — añadió, dirigiéndose á Margarita — una víctima del poder paternal. *Monsieur le Duc* quiere una nuera millonaria; mas *le petit Duc*, que es un calavera muy formal, no piensa del mismo modo que su padre. El duque tiene razón, porque no es cosa de tirar por la ventana un título tan ilustre. Dice, y dice bien: «La que quiera ser duquesa es preciso que le cueste el dinero.» Si bien se mira, al hijo tampoco le falta razón; porque es claro, como es él el que ha de casarse, quiere elegir una mujer á su gusto, y se le ha metido en la cabeza el diablillo de Cecilia.

El nombre de Cecilia hizo levantar los ojos á Margarita, y la baronesa siguió diciendo:

— *Qu'en pensez vous?* Enrique es un tronera bastante

juicioso, y no se determina á rebelarse contra los propósitos del duque; lo cual, si bien se mira, no tiene nada de admirable; porque la loca de Cecilia no lo quiere. ¿A qué habrá venido á tu casa ese enamorado de romance? Busca á tu marido, puesto que ha entrado en su despacho. ¡*Bon Dieu!* ¿Tendremos drama?

Margarita se puso de pie, movida por un repentino sobresalto. Lo que acababa de oír no era para ella enteramente nuevo, y su espíritu se encontraba dispuesto á creer toda clase de desgracias. La idea del proceso acababa de aterrarla, y ahora la acometía la idea, más espantosa aún, de un desafío. Todo..., todo era ya posible. El hijo del duque ¿vendría á provocar un lance sangriento?.. Y con esa crueldad con que la memoria se complace en mortificarnos, Margarita recordaba el baile de la embajada inglesa; también ella había provocado allí una escena de sangre.

El coche del duque se apartó de la puerta para dejar sitio á otro coche, y la baronesa vió desde la ventana que este último era un coche de mala muerte..., un coche de alquiler.

El cochero, malísimamente vestido, extendió el brazo y abrió la portezuela sin bajar del pescante, y dos pies pequeños como los de una niña saltaron ligeros sobre el portal.

— ¡Calle! ¡Calle! — exclamó la baronesa.

Margarita se lanzó á la ventana preguntándole:

— ¿Qué has visto?

— *Elle* — contestó. — Mírala.

Al través de los cristales vió una mujer en el vestíbulo, que hablaba con el portero. No distinguía bien sus facciones, y sin embargo, le pareció hermosa; iba sencillamente vestida, y se revelaba una gracia suprema en toda su persona.



Á TRAVÉS DE LOS CRISTALES VIÓ UNA MUJER EN EL VESTÍBULO

Después de cruzar algunas palabras con el portero, se dirigió al despacho de Góngora.

— ¡Qué audacia! — volvió á exclamar la baronesa.

Margarita preguntó con voz temblorosa:

— ¿Quién es? ¿Quién es esa mujer?

— ¿Aún no la conoces? Es Cecilia..., la loca de Cecilia.

Quiso hacer un movimiento para dirigirse á la escalera que iba al despacho, pero se sintió detenida. Era Serafín que la sorprendía, abrazando sus rodillas.

Detrás de Serafín estaba Montero, con una cara que Margarita no había visto nunca.